

El dios de la lluvia llora sobre México



László Passuth

El dios de la lluvia llora sobre México

Traducción de Judit Xantus



El Aleph Editores

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título original húngaro: *Esöisten Siratja Mexikót*

© 2003, László Passuth

La primera edición de esta obra fue publicada en 2003 en la colección Histórica de El Aleph Editores.

Primera edición en esta colección: noviembre de 2008

© de la traducción: Judit Xantus Szarvas, 2003

© de esta edición: El Aleph Editores, S. A.

Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona

correu@grup62.com

www.grup62.com

Depósito Legal: B. 43.782-2008

ISBN: 978-84-7669-845-7

Fotocompuesto en Víctor Igual

Impreso en Reinbook

CONTENIDO

PRIMERA PARTE: Salamanca	7
SEGUNDA PARTE: Malinalli	77
TERCERA PARTE: El Dorado	97
CUARTA PARTE: Tenochtitlán	179
QUINTA PARTE: El dios de la lluvia llora sobre México	473
SEXTA PARTE: La Rábida	609
SÉPTIMA PARTE: Aniversario	677

PRIMERA PARTE

SALAMANCA

Al mirar por la ventana ojival, su cabeza se situaba casi a la altura de las torres de los campanarios. Su mirada abarcó la ciudad de Salamanca, bañada por la suave luz del incipiente otoño, y se detuvo en la plaza del mercado, cuyos arcos parecían aplastar sobre la tierra a las personas que por allí transitaban, como si fueran hormigas. La luz sombreaba su enorme cráneo, formando una aureola alrededor de su calva. Se dio la vuelta despacio para alcanzar a su compañero dominico, lo cogió por la manga del hábito y lo acercó a la ventana, situándolo a su lado.

—Padre, vos afirmáis que la Edad de Oro se encuentra ya a una distancia infinita de nosotros, a una distancia tan grande que sólo podemos probar su existencia basándonos en unos pocos infolios rescatados y en unas cuantas piedras encontradas bajo tierra..., y que todo cuanto nos rodea forma tan sólo parte de un mundo de bárbaros situado en este valle de lágrimas, ¿no es así?

—Decidme, Maestro, ¿acaso habríamos llegado a una nueva *Aurea Aetas* simplemente porque Aragón y Castilla se acuestan ahora en el mismo lecho? ¿O porque vos podéis cabalgar con tranquilidad hasta llegar a la orilla del mar sin que os despelleje la gente del castillo de algún conde? Por mi parte, no creo que únicamente por el hecho de que nos reunamos aquí cada otoño, pasados los calores del verano, para emprender de nuevo nuestra tarea de instruir, hagamos resurgir el mundo de Augusto entre estos muros antiguos y sucios...

—Vos, Padre, estáis versado en Derecho Canónico, así que estáis también acostumbrado al pensamiento exacto. Yo, sin embargo, sólo soy un humilde filólogo, y me colma de satisfacción y de alegría ver que un fenómeno nuevo derrumba mis teorías. Sin embargo, mi propósito actual no es discutir con vos; simplemen-

te he querido compartir mis impresiones al mirar desde aquí y ver a los estudiantes que entran y salen de sus clases. Parece que ya son más de cinco mil y superan en número a los soldados de la Reina. Al contemplar a estos estudiantes, no se me ocurre pensar en un valle de lágrimas, poco animado por el humanismo aquí presente. Sólo como ejemplo..., mirad lo que os estoy señalando... Es un padre que llega... acompañando a su jovencísimo hijo... Tiene el aspecto de un hidalgo de una pequeña villa de provincias; él mismo quizás no sepa ni leer ni escribir... Su capa y su espada delatan a un viejo militar... mientras que el hijo lleva una camisa cuya manga le queda un tanto corta... pues habrá dado un buen estirón últimamente... Tal vez hayan atado a sus mulas a la entrada de la posada, probablemente cargadas con todas sus pertenencias..., pero el padre trae a su hijo a la universidad... Ya veis, Padre, por eso creo yo que una nueva Edad de Oro está dando comienzo.

—Me estáis señalando, Maestro, a un tosco aldeano y a su hijo, que es exactamente igual que él, un osezno del todo desconocido. Mi pobre entendimiento no llega a comprender cómo pretendéis apoyar vuestra tesis en ellos dos como prueba.

—Pues simplemente por cómo llegan, por la emoción y el profundo respeto que se percibe en la manera de andar del viejo al buscar la entrada. A lo mejor hasta ahora nunca había entrado en un edificio tan grande. El hijo también está impresionado; esta noche se quedará solo con las pocas monedas de oro que su padre le habrá metido en el bolsillo. No tienen ni idea de lo que se puede estudiar aquí, pero el muchacho seguramente habrá dicho: «Este otoño, me gustaría ir a estudiar a Salamanca», y sus padres le habrán respondido: «Claro que sí, hijo, claro que sí», porque habrán pensado que puede convertirse en un erudito..., en doctor de algún arte liberal... Por eso digo, Padre, que la ciencia se está quedando fuera de los claustros donde ha permanecido encerrada durante siglos y siglos, y que nosotros, entre tantos jóvenes, nos encontramos en una situación parecida a la de los rétores romanos de hace mil quinientos años.

Elio Antonio de Nebrija, el humanista de Nebrija, guardó silencio, y el dominico regresó a su pupitre. Su reiterada discusión de tantos años quedó de nuevo interrumpida. Llamaron a la puerta. Uno de los dos contestó con el *licet*, la puerta se abrió,

y entró el padre pueblerino, muy tímido y retraído, acompañado por su hijo, alto y de ojos centelleantes, que se había quitado la gorra.

—Que la gracia de Dios sea con vosotros, nobles señores. En el patio me han explicado que tenía que pasar por aquí para inscribir a mi hijo para que pueda alimentarse con el pan de la *alma mater*.

—El alimento que se dispensa aquí no es pan, sino ciencia, *amice*.

El Padre se volvió a sumir en la lectura de un códice, pero Nebrija se acercó a los recién llegados, miró profundamente a los ojos del muchacho y se dirigió al padre:

—¿A quién tenemos el gusto de saludar, noble señor mío?

—Venimos de Extremadura, de la ciudad de Medellín. Mi nombre es Martín Cortés de Monroy, y estuve sirviendo como capitán en el ejército de la Reina hasta que me venciera la enfermedad que nos había atacado en los cenagales. Sé leer y escribir, aunque mis manos achacosas no me permiten ya practicar esta última ciencia tan hermosa. Sin embargo, quisiera encomendaros a mi hijo Hernán, rogando como cualquier padre que solicita que hagan de su hijo una persona mejor y más destacada que uno mismo.

—Yo, por mi parte, le desearía al joven que se convirtiera en un hombre tan respetable y honrado como vos. Dime, hijo, ¿cómo llevas el dominio del latín?

—Noble señor, en Medellín las calles son bulliciosas durante la primavera y el verano, y en invierno oscurece pronto, así que la vista se cansa a la luz de la lámpara de aceite. Se lo digo para pedir indulgencia por la poca ciencia que traigo conmigo. Los padres benedictinos me han instruido enseñándome a leer y a escribir, y a conocer el latín. Comprendo bastante bien cualquier texto corriente, siempre que no esté escrito en verso.

—¿En qué facultad le gustaría inscribir a su hijo, señor Cortés?

—Según se dice, el conocimiento del Derecho hace brillar la mente y la mantiene alejada de los pensamientos errados, propios de la gente vulgar. Así que yo escogería para mi hijo la Jurisprudencia. Confío en vuestras mercedes para todo lo demás. Tratad-

lo, os lo ruego, según sus propios méritos. En cualquier caso, todo lo demás dependerá de la providencia divina.

—El muchacho parece delgado y bastante débil... Habrá dado hace poco un estirón fuerte... ¿Tendrá suficiente con la comida de aquí?

—Con vuestro perdón, y no lo digo para alardear, el muchacho es fuerte y de buena madera. La verdad es que yo, a su edad, ya andaba por Apulia... Y su madre es del linaje de los Pizarro, una familia que ha dado a Castilla tantos héroes como almas piadosas. Cuando mi hijo era un niño, tal vez le contara yo demasiado sobre armas y batallas. Mientras yo estaba en los campamentos militares, él entretenía su ocio pensando en campañas bélicas, vistiendo mi antigua cota de mallas; y empezó de muy pequeño a practicar con la ballesta. Además, desde hace algún tiempo, si me permitís la sinceridad, los jóvenes de su edad se divierten hablando de mujeres y peleándose por ellas, midiendo así sus fuerzas. Nosotros, a su edad, solíamos preparar emboscadas a los moros, para atacarlos tras esperarlos en las arroyadas. Teníamos costumbres diferentes, más beligerantes, para aplacar el ardor de la sangre, pero los jóvenes de hoy se complacen en atender las tentaciones del diablo. En fin, este muchacho es duro y fuerte, es ya casi un adulto.

—Has de saber, hijo mío, que estudiar Derecho en Salamanca no es precisamente un juego de niños. Debes pasar muchos meses con paciencia y aplicación hasta alcanzar el título de bachiller, algo que está todavía bien lejos del título de doctor. Además, aquí no tendrás ni la menor ocasión de practicar las virtudes típicas de los jóvenes de Medellín que tu respetado padre acaba de describir. Tampoco te servirán para nada las habilidades bélicas, y tendrás que aprender que a veces el pensamiento vuela más rápido que la flecha o la bala del arcabuz, que acierta con más precisión y que se mete debajo de tu coraza sin dejarte escapatoria.

—Que Dios bendiga a vuestras mercedes; y os pido perdón por no dominar el lenguaje apropiado para expresarme en el santuario de la ciencia. Os dejo y os encomiendo, pues, a mi hijo.

—El Señor ha sido siempre generoso con vos, y lo sigue siendo hasta hoy en día. Os ha dado el sano juicio y la recta moral. Esperamos no tener que desengañarnos de vuestro hijo, y os prometemos cuidar de él.

Después de que padre e hijo saliesen con un «alabado sea Dios» pronunciado en voz baja, el dominico de hábito blanco retirado en su pupitre siguió estudiando lo que tenía entre manos. Nebrija se quedó al lado de la ventana y miró afuera, hablando para sí:

—Vienen aquí como si esto fuera un castillo encantado. No saben ni lo que quieren; sólo saben que son gente sencilla e inculta, traen a sus hijos y creen que, cuando éstos salgan por la puerta principal, ya estarán convertidos en gente importante, en eruditos y filósofos...

—¿Por qué dedicáis tanta atención a este caso en especial? Si registramos en nuestros libros a muchos jóvenes parecidos...

—Es que este muchacho tenía un brillo especial en la mirada. Al mirarme, no ha bajado la vista, y ha agarrado bien fuerte su puñal, como si ya fuera todo un caballero. Hasta su voz sonaba hermosa y pulcra, y hablaba un castellano limpio sin ningún acento regional. El viejo parecía más bien gruñón, pero también muy cuidadoso de su humilde casa y de su pequeña fortuna, muy ahorrador, dispuesto a sufragar los gastos de la educación de su hijo, su estancia y su comida aquí, pero el hijo tenía algo en la mirada...

El fraile pasó la hoja del registro. Inició una página nueva en el libro de matrículas y empezó a escribir los datos necesarios con su pluma de ganso, dibujando las letras con sumo cuidado. Nebrija lo oyó deletrear el nombre y los demás datos del nuevo alumno: Hernán Cortés, nacido en el año del Señor de 1485 en la ciudad de Medellín.